

GASTON BACHELARD, EL PROFETA

por FRANÇOIS CHATELET

Gastón Bachelard, nacido el 27 de junio de 1884, profesor honorario de la Sorbona, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, acaba de recibir el Gran Premio Nacional de Literatura. Uno de los pensadores más importantes y originales de nuestra época, que ya había sabido, por su personalidad, su enseñanza y su obra, reunir los sufragios de los estudiantes, de la Universidad y del Instituto, se encuentra así puesto en el primer plano de la actualidad. Las investigaciones de Bachelard son tan ricas, tan diversas, tan inventivas, tan sugestivas, que hoy día es imposible despejar todas las lecciones. ¿Pero quizás estará permitido señalar todos aquellos temas que, bajo este pensamiento abundante, aparecen entretanto como los más vivificantes?

Gastón Bachelard se complacía en presentarse a sus alumnos como un hombre doble: "Mirad mis pies —dice— yo hago filosofía, ciencia; mirad mis alas, yo soy poeta". Se debería psicoanalizar la obra de Bachelard, porque ella nos invita. Por un lado, dirá el biógrafo, obras de epistemología, *El nuevo espíritu científico*, *La Filosofía del No* y *El Racionalismo aplicado*; por otro las búsquedas de tipo poético, donde el autor —despojándose de su formación científica— interroga su experiencia de niño, de lector y de escritor. Por un lado, la experiencia objetiva, fundada sobre conocimientos, sobre un saber práctico y dominado; por otro, una experiencia soñadora y libre abandonándose a sus caprichos. Admitir esta dualidad, reconocerla, sería reconocer la contingencia de la obra: el racionalismo constante de Bachelard nos lo prohíbe.

El tema que domina, en efecto, esta obra, es el rechazo de lo inmediato. Pues lo inmediato es, en el fondo, lo indiferenciado, el *no importa* que dado simplemente porque se da, y que no hay ninguna razón para darlo. Bachelard odia "el como". Sabe que a menudo los hombres se satisfacen de saber *como* suceden las cosas: pero sabe también que haciendo así, ellos se abandonan al mito de una utilidad que, en el fondo, no los conforma. Los hombres tienen deseos de hablar: se hacen entonces poetas y sabios. Es lo que hacen cuando se abandonan a sus primeras intuiciones, después las desechan, trabajan sobre ellas, las elaboran práctica o imaginariamente, las ignoran. Pero, al mismo tiempo, secretan obras que objetivamente testimonian, que *realizan* el pensamiento y su marcha oscura y contradictoria.

Soñar delante del fuego, contemplar una esmeralda es, en el fondo, tan importante como pensar (o repensar) una nueva teoría física: pues las dos actividades —que el utilitarismo querría desunir— no se entienden la una sin la otra. El sabio que mata en él lo imaginario, siembra en la sequedad: desconoce aquello que hace que la ciencia sea también un sueño, un sueño triunfante y majestuoso, un sueño asombroso de la materia que todo lo confirma y nada lo justifica. Y el soñador que quisiera ignorar el obstáculo, el obstáculo que opone a su sueño la dura necesidad del objeto, se contradice como soñador: termina incapaz de hablar y actuar. Su ensueño no es nada. Psicoanalizar la actividad de los hombres, es hacer aparecer, más allá de los deseos y de las voluntades, aquello que realmente se quiere, pero que no es conocido. A este respecto, el alquimista, cuando se abandona a sus fantasmas, revela tanto como el químico cuando se entrega a la crítica. Sin duda, el segundo permite un conocimiento más profundo de la materia y ofrece al pensamiento un universo más rico y más sutil; pero lo que dice no es más revelador. El genio de Bachelard está, sin duda, en haber mostrado que entre el precientífico —el de la tradición, de la poesía, de la imaginación— y el saber racional experimentalmente controlado, hay una ruptura completa, que entre el primero y el segundo se intercala el momento decisivo de la crítica. Pero es también el de haber subrayado la continuidad profunda que permite el paso de una etapa a la otra y la unidad que hace del poeta un sabio y del sabio un poeta.

A este respecto, el privilegio de la ciencia contemporánea no es de orden pragmático: si se la prefiere a la invención alquímica, no es porque ella procure una eficacia más grande o porque ella satisfaga a no se sabe qué razón abstracta; es porque ella ofrece al pensamiento un registro infinitamente mayor de variantes y poderes. La alquimia es pobre, como es pobre el pensamiento antiguo: una y otro bordan sobre temas conocidos y se pierden en la repetición. La nueva teoría química, la relatividad, los desenvolvimientos de la matemática contemporánea dan las posibilidades nuevas, desembocan sobre una invención continua.

Pues tal es la ley del pensamiento actual: no vale si no se sobrepasa a sí misma, si no es profética. Bachelard ha sido profeta en el dominio científico: en una época en la que los sabios discutían sobre el valor del determinismo, supo mostrar que el problema no era de principios, sino de la práctica y que la ciencia triunfa de sus

contradicciones, no interrogando la teoría, sino interrogándose sobre problemas de hecho, aquellos que propone la experiencia científica misma. Pero es quizás analizando los sueños de la materia que el autor de *La Tierra y los Sueños de la Voluntad* se ha demostrado con mayor inventiva. La música actual, que investiga el material bruto en su organización espontánea, la pintura informal, que querría volver a hallar los ritmos materiales que se dan inmediatamente, conducen a las investigaciones que Bachelard lleva desde hace veinte años. Más allá de la espontaneidad y del trabajo de esos artistas se perfila esa imaginación estructurada que no es ni una facultad, ni un propósito intencional, sino un contenido signifiante, rico de todo un saber cultural. Esto lo precisa en la *Introducción de El aire y los sueños*: "Se quiere siempre que la imaginación sea la facultad de *deformar* las imágenes suministradas por la percepción, ella es, sobre todo, la facultad de liberarnos de las imágenes primeras, de *cambiar* las imágenes. Si no hay cambio de imágenes, unión inesperada de imágenes, no hay imaginación, no hay *acción imaginante*. Si una imagen *presente* no hace pensar en una imagen *ausente*, si una imagen ocasional no determina una prodigalidad de imágenes aberrantes, una explosión de imágenes, no hay imaginación. Hay percepción, recuerdo de una percepción, memoria familiar, hábitos de color y formas. El vocablo fundamental que corresponde a la imaginación no es *imagen*, es *imaginario*". Que lo imaginario tenga no sólo un sentido, sino aun una historia, que sea significativa por su contenido mismo, que se desarrolle según un orden propio y que imponga este orden, que sobrepase toda subjetividad y que, al mismo tiempo, sea presente históricamente en toda obra, es tal vez el aporte más fecundo de los trabajos de Gastón Bachelard.

Un filósofo que juega con fuego

Lo importante no es que Gastón Bachelard haya sido el nieto e hijo de zapateros, que haya sido empleado de correo, que haya pasado tardíamente su licencia de matemáticas y que su inventiva y pertinacia le hayan llevado de una oficina de correo al colegio de Bar-sur-Aube y, de allí, a la Facultad de Letras de Dijon, luego a la Sorbona. Lo importante no es que haya sabido conservar, en medio de la tormenta universitaria parisisa, su acento, su maravilloso poder de protección, y su gentileza, que haya sido la imagen de Brahms por su lirismo y a Marx por su rigor y a los dos a la vez por su silueta cabelluda y barbuda. Lo importante es que, desde 1940, fecha de su nombramiento en la Sorbona, hasta 1955, año de su retiro, los estudiantes se hallan constantemente asombrados en sus cursos, en todos sus cursos. Pues Bachelard es, ante todo, un profesor. Durante quince años en la salita G que él prefería, en el primer piso de la Facultad de Letras, muy cerca de "Chez Romeu", muy cerca de la Biblioteca del Instituto, ha dispensado su enseñanza delante de generaciones de estudiantes fascinados. Esta fascinación se explica por el contenido de los cursos y por el estilo. El estilo: directo, poético y sin concesiones. Delante de jóvenes metafísicos, de buena gana seducidos por la abstracción y el concepto, Bachelard ha analizado la experiencia científica efectiva, el trabajo del sabio apreciado a través de la opacidad de la materia y las inclinaciones de su imaginación. Que se trate de Química o Alquimia: los heraldos del pensamiento surgen, desmañados y geniales. Hay un pecado que nunca Bachelard ha cometido: el anacronismo. Cuando se habla de un físico del siglo XVII, no es solamente el hombre con su mentalidad, su maquinaria mental, el que aparece: están sus artefactos rudimentarios, sus torpezas, sus errores y todo el aspecto material de la investigación científica.

Y, sin embargo, nunca la anécdota lo atrae. Llevado por un discurso volcánico, tierno con la ignorancia y feroz con la tontería, el estudiante descubre bajo la notación humorística, bajo "la historia", la significación abstracta, el pensamiento. El ve desarrollarse las grandes líneas de la evolución de la ciencia. Más aún: comprende que la obra de ciencia es un *trabajo*, un combate y, primeramente, del hombre contra sí mismo, contra sus tradiciones, sus costumbres, su facilidad. Aprende a no estar más en la verdadera pereza: la falta de invención. El pide a Bachelard que lo acoja, que dirija su diploma de estudios superiores. Y Bachelard, jovial y atento, acepta esta tarea. Jamás una orden ni siquiera un consejo: la presencia amical de aquel que sabe y señala, con una palabra, la indicación bibliográfica, allí donde es necesario mirar para saber al menos, precisamente, lo que se busca.

Pues lo esencial es esto: esta investigación a la que Bachelard-profesor no ha cesado de invitar, ha sido y continúa siendo su pasión. Habría sido fácil para el autor del *Ensayo sobre el conocimiento aproximado*, encerrarse en su especialidad, constituirse definitivamente en epistemólogo, de tomar en lo sucesivo, como único tema de reflexión, la ciencia contemporánea.

Ahora bien, en 1938 apareció *El psicoanálisis del fuego*. En efecto, este año, 1938, es decisivo. Por una parte, Bachelard inaugura un nuevo tipo de investigaciones: se interroga sobre el contenido de la imaginación precientífica, sobre este arcaísmo de hecho que es "en nosotros sin nosotros", que estructura la percepción ingenua y que

puebla contra nuestra voluntad, pero con nuestra complicidad, el universo de los objetos y los ensueños cotidianos. Pero, por otra parte, publica su admirable *Formación del Espíritu Científico*, que subtítulo *Contribución a un Psicoanálisis del Conocimiento objetivo*. Esta vez, el proyecto estaba establecido: se trataba de asir el pensamiento bajo sus formas múltiples, contradictorias, en su actividad combatiente, en la práctica, de asirlo en sus aberraciones fructuosas, comprender por qué se pierde cuando está satisfecho y se cree transparente a sí mismo y cómo se reencuentra y se sobrepasa de cara al obstáculo.

En adelante, todo será "filosofía del no"; no a las escuelas filosóficas tradicionales o recientes: en el momento en que la polémica entre materialismo dialéctico y existencialismo estaba en su marea alta, Bachelard hizo aparecer el *Materialismo racional*. Habla de los químicos y de su trabajo: se hace el apologista del materialismo, pero de un materialismo técnico y práctico, aquel de los hombres que se esfuerzan en dominar y pensar la materialidad del hecho. No a las separaciones abstractas establecidas entre disciplinas y clasificaciones corrientes. No a todas las formas de utilitarismo que dominan el pensamiento moderno y que descuidan, en una mística ingenua de la eficacia, la potencia de lo imaginario.

En realidad, lo que domina en esta obra multidimensional, de la cual se puede aún esperar novedades, es la voluntad psicoanalítica. Es bueno y justo que el niño sueñe delante del fuego y coma galletas crujientes; es legítimo y fructuoso que Mendeleev haya propuesto su anticipada clasificación química. Uno y otro se nutren con los mismos orígenes; sin saberlo quieren la misma cosa; Mendeleev es aún un niño que juega con el fuego; y el niño es ya un químico. A lo largo de toda su obra audaz, lo que muestra Bachelard es la unidad de acción creadora del hombre, eso que los antiguos llamaban "poética".

PALABRAS DE GASTON BACHELARD

Cada objeto contemplado, cada gran nombre murmurado, son el punto de partida de un ensueño y de un verso, son un movimiento lingüístico creador. Cuántas veces al borde de un pozo, sobre la vetusta piedra cubierta de helechos y acederas silvestres he murmurado el nombre de las aguas remotas, el nombre del mundo sepultado... Cuántas veces el universo, súbitamente, me ha contestado... ¿Objetos míos, cómo me hablastéis!

(de *El aire y los sueños*).

El espíritu científico debe formarse contra la Naturaleza, contra aquello que está en nosotros y fuera de nosotros, la impulsión y la instrucción de la Naturaleza, contra el arrebatación natural, contra el hecho coloreado y diverso. El espíritu científico debe formarse reformando. El no puede instruirse frente a la Naturaleza sino purificando las sustancias naturales y ordenando los fenómenos enredados.

(La Formación del Espíritu científico).

Lejos de maravillarse el pensamiento objetivo debe ironizar. Sin esta vigilancia malévol, jamás tomaremos una actitud verdaderamente objetiva. Si se trata de examinar hombres, iguales, hermanos, la simpatía es el fondo del método. Pero delante de ese mundo inerte que no vive nuestra vida, que no sufre de ninguna de nuestras penas y que no exalta ninguna de nuestras alegrías, nosotros debemos detener todas las expansiones, nosotros debemos frenar nuestras pasiones.

(El Psicoanálisis del Fuego).

El vino es verdaderamente un universal que sabe tornarse, sin embargo, en singular si encuentra un filósofo que sepa beberlo.

(La Tierra y los Ensueños del Reposo).

Todos los seres que aman la gran ensoñación simplificada, simplificante, ante un cielo que no es otra cosa que el "mundo de la transparencia", comprenderá la vanidad de las "apariciones". Para ellos, la "transparencia" será la más real de las apariencias. Les dará una lección íntima de lucidez. Si el mundo es también voluntad, el cielo azul es voluntad de lucidez. El "espejo sin azogue" que es un cielo azul, despierta un narcisismo especial, el narcisismo de la pureza, de la vacuidad sentimental, de la voluntad libre. En el cielo azul y vacío, el soñador encuentra el esquema de los "sentimientos azules", de la "claridad intuitiva", de la dicha de ser claro en los sentimientos, en los actos y los pensamientos. El narciso aéreo se contemplará en el cielo azul.

(de *El aire y los sueños. Fondo de Cultura Económica, 1958*).